

quietais el sosiego de mi sepulcro, le diria, como Samuel á Saul, y me obligais á salir de mi retiro para venir á este lugar? *Quare inquietasti me, ut suscitarer?*<sup>1</sup> Ya no es tiempo de recurrir al Señor: ¿de qué sirve el consultarme, cuando ya os ha abandonado? *Quid interrogas me, cum Dominus recesserit a te?* Morireis, y la justicia de Dios cumplirá en vos lo que tantas veces os habiamos anunciado de su parte. *Faciet enim tibi Dominus sicut locutus est in manu mea.*<sup>2</sup> Esto es lo que entonces piensa el ministro del Señor. Os exhorta á que no desesperéis, pero no porque él forme mucha esperanza; os habla de las misericordias del Señor, pero adora interiormente los terribles decretos de su justicia para con vosotros. Os abre el seno de la gloria para despertar vuestra esperanza, pero al mismo tiempo ve abierto el abismo que os ha de tragar: os pone delante el divino Salvador espirando en la cruz, pero no se atreve á deciros que aquella cruz no es para vosotros trono de gracia, sino un tribunal severo, desde donde se pronuncia vuestra sentencia. Os disminuye con santos artificios de caridad el horror de vuestras culpas para que no caigais en desesperacion, pero sabe muy bien que el Señor tiene su peso y medida y que no está en mano del hombre el alterarlos. Os repite muchas veces, para aseguraros contra una vida llena de desórdenes, que la gracia no necesita mas que un momento para salvar al pecador, y que un solo movimiento de verdadero dolor equivale á muchos años de virtud y puede consumir la santificacion; pero no ignora que este movimiento es uno de aquellos prodigios singulares de gracia, con los que es cosa terrible tener que contar para la

1 Ibid.

2 Ibid. v. 17.

salvacion, y que el comun y casi infalible efecto de una vida pecadora es la muerte en pecado.

Permitidme, católicos, que os haga otra reflexion, con que concluyo estas espantosas verdades. ¿Qué cosa mas favorable podeis desear para vosotros en la hora de la muerte, que el tener tiempo y hallaros en estado de poder buscar á Jesucristo? ¿que el buscarle efectivamente y ofrecerle lágrimas de dolor y penitencia? Esto es lo mas favorable que os podeis prometer para aquella última hora; y no obstante eso (tiemblo al considerar esta verdad), no obstante, ¿qué es lo que Jesucristo os permite esperar de vuestras diligencias y lágrimas, si las dilatais hasta entonces? Me buscareis, y morireis en vuestro pecado. *Quæretis me, et in peccato vestro moriemini.* Pues consolaos ahora, católicos, con las señales de arrepentimiento que dan en aquella última hora vuestros amigos y parientes; vivid tranquilos acerca de vuestros desórdenes mientras os durá la vida, lisonjeándoos de que los podreis expiar con una muerte semejante á la suya: decís de un pecador inveterado á quien entonces atemoriza el espectáculo de los juicios de Dios, que el Señor le concedió la gracia de acabar cristianamente; que aunque su vida no haya sido muy regular, su muerte ha sido de mucha edificacion; que seriamos felices en morir como él, y que no se debe dudar de que el Señor le haya perdonado. ¡Oh Dios mio! no intento poner límites á vuestra misericordia; pero, católicos, es verdad que él ha buscado á Jesucristo; ¿pero le ha hallado? Es verdad que ha suplicado y gemido; ¿pero ha sido oido del Señor? Es verdad que tomó en sus manos á Jesucristo crucificado, que bañó sus sagrados piés con sus lágrimas, como la pecadora del Evangelio; ¿pero acaso se le dijo como á esta: *Tus pe-*

*cados quedan perdonados?*<sup>1</sup> Es verdad que le suplicó con una voz desfallecida, como el buen ladrón desde la cruz, que se acordase de él en su reino; ¿pero oyó acaso aquellas dulces palabras: *Hoy estarás conmigo en el cielo?* Vosotros lo esperais así, pero no lo sabeis. Lo que yo sé es que entonces buscareis á Jesucristo y no le hallareis, y que morireis en vuestro pecado; lo que yo sé es que los sacramentos de eterna salud, aplicados entonces al pecador, acaso consuman su reprobacion, y que muchas veces la última de las gracias de la Iglesia es el último de sus sacrilegios; lo que yo sé es que todos los padres que han hablado de la penitencia de la hora de la muerte, hablan de un modo que hace temblar. Lo que yo sé es, que vuestra justicia, ¡oh Dios mio! permite muchas veces que unos pecadores famosos por los excesos de su vida, se den golpes de pechos, cuando están para morir usen de las mas vivas expresiones de dolor y arrepentimiento, y mueran á vista de todo un reino con señales exteriores de conversion; y parece que vuestra justicia, terrible siempre en sus consejos, lo permite para que se engañe con estos ejemplos, si es lícito decirlo así, la falsa confianza de los pecadores impenitentes. Estos son los castigos, gran Dios, que ejerce vuestra justicia con las pasiones humanas: os servís de la falsa penitencia de unos para preparar castigos á la impenitencia de otros, y castigais á los pecadores valiéndoos de ellos mismos. Lo que sé es esta verdad de fe, que es corto el número de los que se salvan, y no obstante si todas las señales de arrepentimiento que dan los pecadores en la hora de la muerte nacieran de un corazón verdaderamente arrepentido y fueran suficientes para conseguir la eterna salud, casi no hu-

<sup>1</sup> Luc. 7. v. 88.

biera pecador que no se salvase, pues á excepcion de algun impío que extiende hasta aquella hora su funesta insensibilidad, y muere sin querer oír hablar del Dios que le ha de juzgar, lo que apenas se ve una vez en un siglo: los demás pecadores todos mueren dándose golpes de pechos é implorando las misericordias del Señor, y así seria mayor el número de los que se salvaran, lo que es contrario á la sentencia de Jesucristo. Lo que sé es, que es necesario hacer penitencia mientras Dios nos concede tiempo para ello, y que en la última hora, ó no estareis en estado de buscar al Señor, ó aun cuando le busqueis no le hallareis, y consiguientemente si dilatais vuestra penitencia hasta la muerte, morireis en vuestro pecado, porque entonces casi siempre es imposible é inútil la penitencia. Quiera Jesucristo, católicos, que no os comprendan estas amenazas, y que en la última hora vuestra muerte, semejante á la de los justos, sea un tránsito á la feliz inmortalidad. Amen.

